

## UNOS ZAPATOS DE REGALO Romanos 10: 8b-15

Aunque tenemos bien claro que Navidad no se trata de regalos, también sabemos que no tiene nada de malo hacerlos, siempre y cuando tengamos bien claro que eso no es el sentido de la Navidad. Yo, en lo particular, le he pedido a Dios un regalo muy especial para todos nosotros para este año que comienza hoy: le he pedido un par de zapatos para cada uno de nosotros. ¿Le gusta la idea? El pasaje Bíblico de hoy nos va a explicar a qué me refiero.

En el comienzo de este capítulo, vemos que Pablo está de verdad muy preocupado por la salvación de su nación Israel. Israel era un pueblo muy religioso, pero el problema es que, en términos generales, no tenía en verdad una relación con Dios. La religión no es otra cosa que el intento del hombre de hacer un camino para llegar a Dios. La religión tiene claro que Dios es santo y, por lo tanto piensa que, para alcanzarlo, se deben de seguir ciertos rituales y hacer ciertas obras para alcanzar la salvación. Esto hacía de la nación de Israel un pueblo muy legalista. A través de creer esto, habían trazado su propio plan de salvación basado en las obras de la Ley. Por eso Pablo tuvo que llegar a poner orden cuando dice, por ejemplo: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Ef. 2:8-9). Nadie se merece la salvación, nadie se la puede ganar; es un regalo de Dios que se toma o se deja y en donde la fe juega un papel fundamental para recibir o rechazar ese regalo.

Este sigue siendo el mayor problema en el mundo moderno en cuanto a la espiritualidad. El hombre ha creado la religión o su propio sistema religioso y lo ha llenado de una serie de requisitos a cumplir para *alcanzar la salvación*. Entonces la salvación depende del hombre y no de Dios; es decir, entonces la salvación depende de las obras y no de la fe.

Pablo quiere que apunten hacia Cristo y no hacia la religión, la cual vemos expresada aquí como la Ley de Moisés (v.4). Ese es nuestro trabajo también. Anunciamos a Cristo, no a una religión; apuntamos a la fe, pero a la fe salvadora, la fe en Cristo, no ha ganarse el cielo por buenas obras. Pelear contra esto no es nada fácil y estoy seguro que muchos de los que estamos aquí podemos dar testimonio de esto. El mensaje es tan

sencillo, tan simple, que por eso es tan difícil de creer y por eso mismo se le tienen que agregar cosas. Pero la Escritura es bien clara. Veamos:

*“Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (vv.8b-10).*

Crear con el corazón significa creer con todo tu ser, es decir, con todo el intelecto, emociones y voluntad. Esto es, sujetar su vida al Señor; a la voluntad del Señor, amarle y servirle con todo su ser. ¿Se da cuenta de lo sencillo que es el mensaje? Eso es todo lo que tenemos que anunciar. Las palabras fe y creer, en griego, son muy similares, solo que una es un sustantivo y la otra es un verbo. Todo mundo puede decir creer en el Señor Jesús, pero no todo mundo ha puesto su fe en el Señor Jesús. Poner la fe en el Señor Jesús significa confiarle la vida misma, entregársela. Piense en esto: Jesucristo no puede ser el Salvador de alguien que no le entrega su vida a Él, de alguien que traza su propio *plan de salvación*. Por eso, cuando hablamos de creer, no nos estamos refiriendo simplemente a estar seguro, no es algo solo mental; creer demanda una respuesta como nos enseña Santiago, el hermano del Señor (*Stg. 2:19*), y a eso es a lo que llamamos fe.

Jesucristo tampoco puede ser el Salvador de alguien si además no es su Señor. Ser el Señor significa que me someto a Él, que me convierto en esclavo o siervo de Él para servirle por amor y en agradecimiento. El esclavo o siervo tiene por lo menos tres características principales: (1) es propiedad exclusiva de su amo, es decir, se somete a Él sin límites rindiendo todos sus derechos para que sean los derechos del amo los que sobresalgan, los que valgan, los que importan; (2) depende en todo de su amo, es decir, el amo es quien se encarga de satisfacer todas sus necesidades; y (3) trata de agradar en todo a su amo haciendo las cosas dando lo mejor de sí mismo para que su amo sea reconocido en todo.

Esto, y no otra cosa, es ver a Jesucristo como el Señor. Si estas características no se dan en la persona, ésta puede ser muy religiosa y creer en Jesús, pero no tiene fe en Él porque no le ha entregado su vida al Único que la puede guardar eternamente. Su *creer* es solo mental. Por eso es más fácil trazar su propio plan de salvación basado en un sistema religioso y en las obras, que comprometer su vida al Señor; comprometer la vida al Señor implica un cambio de vida completo, que muchos no

quieren tomar. Escondida en un sistema religioso, la persona no se compromete con Dios sino consigo misma; no enfoca en Dios sino en ella misma.

Pablo dice más, dice que no se trata de creer sólo para ti mismo (interiormente), sino de declararlo con tu boca (exteriormente). La palabra *confesar* que se usa aquí significa *admitir, reconocer, declarar*. Cuando se habla de declarar, se trata de admitir o reconocer públicamente, como dijo el Señor, por ejemplo: *“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, Yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 10:32-33)*. No existen cristianos secretos en países libres. Uno cree en su corazón (fe), pero declara públicamente que Jesucristo es su Señor (respuesta). Declararlo públicamente no significa que necesariamente la persona tenga que pasar al frente en la iglesia cuando se hace el llamado. Declararlo públicamente va mucho más allá de eso; es declararlo en todas partes, todo el tiempo; es no avergonzarse de ser reconocido como creyente, es no negar a su Señor y Salvador. ¿Se da cuenta que es mucho más que un simple decir *creer*, o de sólo ser parte de una religión? Así creían los judíos y el Nuevo Testamento nos enseña qué equivocados estaban.

*Pues la Escritura dice: Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado.*

*Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el Nombre del Señor, será salvo” (vv.11-13).*

Me encanta cómo hace uso de la Escritura el Apóstol Pablo. Cuando dijo: *“El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas” (v.5)*, lo tomó del Libro de Levítico (Lv. 18:5). Cuando dice: *“Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón” (v.8)*, lo toma del Libro de Deuteronomio (Dt. 30:14). De igual manera, cuando dice: *Pues la Escritura dice: Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado (v.11)*, está citando el Libro de Isaías (Is. 28:16), aunque esta verdad aparece muchas veces en la Palabra de Dios (Sal. 22:5; 25:2,20; 31:17; 37:19; 71:1; 119:6,80,116 / Is. 50:7). El Apóstol Pedro toma también esta enseñanza para mostrarla al pueblo en la dispersión por causa de la persecución (1P. 2:6). Y finalmente, cuando dice: *“porque todo aquel que invocare el Nombre del Señor, será salvo (v.13)*, lo está tomando del Libro de Joel (Jl. 2:32). Todo esto para reforzar que la salvación del Señor no es un buen deseo de Pablo; es una promesa de Dios para toda persona que con arrepentimiento sincero de corazón le entregue su vida a Cristo y

lo declare públicamente como su Señor y Único y Suficiente Salvador. De igual manera, estos versículos nos enseñan que todo lo que hablemos del Señor y sus promesas deberá estar sustentado exclusivamente en la Palabra de Dios para que la gente que viene a Él venga por los motivos correctos.

Algo más que enseñan estos versículos es que la salvación es para todos, judíos y no judíos; es para toda persona que crea, es decir, que acepte y declare que Jesucristo es el Señor y le entregue su vida a Él. Dios no hace diferencia de personas (*Dt. 10:17 / 2Cr. 19:7 / Job 34:19 / Lc. 20:21 / Hch. 10:34 / Ro. 2:11 / Gál.2:6 / Ef. 6:9 / 1P. 1:17*), porque tanto judíos como no judíos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios (*Ro. 3:23*), y por todos ellos murió Cristo. Por lo tanto, la oportunidad para ser perdonados y disfrutar la vida eterna con Dios es para todos (judíos y no judíos). El verbo *invocar* se refiere a *llamar* u *orar*, tiene el sentido de *pedir ayuda*. Es decir, para ser salvo hay que invocar, llamar u orar a Dios pidiendo su ayuda; significa que la persona ya no puede con el estilo de vida que lleva, que ya no quiere el estilo de vida que lleva, que necesita el perdón y la restauración de Dios.

*“¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian Buenas Nuevas!”*  
(vv.14-15).

Todo esto está muy bonito. ¡Qué hermosa esperanza de vida! Pero podría quedar allí nada más, podría quedar como un sueño solamente. Pablo nuevamente hace uso de la Palabra de Dios cuando dice: “...*¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian las Buenas Nuevas!*” (v.15). Esto lo toma Pablo del profeta Isaías cuando Dios dice a través de él: “*¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!*” (*Is. 52:7*). En aquel tiempo el reino de Judá estaría en el cautiverio en Babilonia pensando que hasta allí habían llegado, que se había perdido toda esperanza para ellos, que Dios los había abandonado. Sin embargo, alguien tendría el hermoso privilegio de anunciarles que Jehová estaba con ellos, que los liberaría, es decir, que serían libres nuevamente para regresar a su tierra y adorar al Dios que los salvó; que la salvación había llegado a sus vidas.

Hoy en día ocurre igual. El mundo está cada vez más perdido. Muchos creen que todas las religiones conducen a Dios. Otros creen que solamente su religión es la verdadera. Otros creen que no se necesita pertenecer a una religión, sino que con ser buenos (hacer buenas obras) es suficiente para estar con Dios. Unos creen que Dios es tan bueno que no va a mandar a nadie al infierno y, al final, todos van a ser salvos (universalismo)<sup>1</sup>. Otros más creen que son tan malos que no hay ninguna esperanza para ellos. Todos ellos se están perdiendo sin Cristo, sin fe y sin esperanza; todos ellos van directos a la condenación eterna.

Pero la Palabra de Dios dice que aún hay esperanza para ellos. Lo único que necesitan es saber que la salvación se encuentra únicamente en Cristo; no en religión alguna, o en las buenas obras. La salvación es un regalo de Dios que se recibe por fe; por la fe en Cristo (*Ef. 2:8-9*). Ellos necesitan escucharlo, para que, arrepentidos de sus pecados, entreguen sus vidas al Señor Jesús. Ellos necesitan saberlo, pero, ¿cómo lo sabrán, cómo escucharán si no hay nadie que se los enseñe? Se van a perder en el fuego eterno porque no quisimos hablar de Cristo, porque fue mayor nuestro temor al rechazo o a la burla, porque no tuvimos tiempo, siempre estuvimos ocupados en otras cosas, porque no quisimos faltarles al respeto en sus creencias aunque sabíamos que estaban equivocados; en una sola frase: porque no tuvimos ningún interés en ellos.

Estos versículos son un llamado de Dios al Evangelismo. Todos los cristianos estamos llamados a dar testimonio de nuestra fe; todos estamos llamados a dar testimonio de Cristo. No hay mayor gozo en la vida de un creyente que ver a un perdido alcanzado; no hay mayor gozo que llevar a un pecador a los pies de Cristo. Es una experiencia que no se puede describir con palabras.

Es interesante que la Palabra de Dios describe como *hermosos* los pies de los que llevan las Buenas Nuevas. En aquellos tiempos los mensajeros iban a pie y, aunque los pies pueden estar sucios, malolientes y maltratados después de un largo camino, para los que esperan buenas noticias los ven hermosos; más aún, Dios los ve hermosos.

---

<sup>1</sup> En esto tienen los *universalistas* toda la razón. Dios no va a condenar a nadie; son ellos mismos quienes se van a condenar al haber tomado su decisión de rechazar el mensaje del Evangelio (Jn. 3:17-19).

Es un hecho: nadie invocará (orar pidiendo ayuda) el Nombre de Cristo si no confía primero en Él. Y nadie puede confiar en Él, si no ha oído primero acerca de Él. Para que ellos oigan, alguien tiene que anunciarles el mensaje. Para que alguien vaya a anunciar este mensaje tiene que haber quien le envíe. ¿Se da cuenta? Todo comienza con un mensajero enviado por Dios a través de la iglesia (*Hch. 15:22,27*); este mensajero es el que guía a la persona a tener ese encuentro con Jesucristo; encuentro que cambiará su vida por completo y eternamente.

En estos versículos Pablo demuestra la bendición que reciben los que tienen el privilegio de participar en este proceso para llevar a la salvación a las personas. Dios les ha concedido a todos los creyentes esa oportunidad y ese gran privilegio para colaborar en esa obra de vida eterna. Esto es un asunto de vida o muerte. Vida para quienes creen y tristemente, muerte para quienes rechacen.

### **Conclusión.**

Si la religión es el intento del camino del hombre por llegar a Dios, Jesucristo es el Camino de Dios para llegar al hombre. En el proceso de la salvación de los hombres todo comienza con un mensajero enviado por Dios a través de la iglesia. Ese mensajero es usted y soy yo. El Señor Jesús manda u ordena a sus discípulos para que vayan a hacer más discípulos bautizándoles y enseñándoles (*Mt. 28:19-20*). Si somos cristianos, si somos siervos de Dios, entonces entendemos que es una misión que el Señor nos ha encomendado. ¿Cómo vamos a hacerlo? El Apóstol Pablo les dijo a los Efesios: *“Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y **calzados los pies con el apresto del Evangelio de la paz.** Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con*

*denuedo el misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de Él, como debo hablar” (Ef. 6:10-20).*

¿Cómo vamos a hacerlo? Vistiéndonos de la armadura de Dios entre la cual se encuentra el calzado del Evangelio. Permítame darle una muy buena noticia: Dios ya nos regaló esos zapatos para llevar el mensaje. Son unos hermosos zapatos, muy cómodos, muy finos y elegantes, pero al mismo tiempo, diseñados para el trabajo duro y diseñados para dar descanso al que trabaja; son de por vida, no se desgastan jamás.

Pablo estaba de verdad preocupado por la salvación de su pueblo. Le dolía mucho en el alma que su pueblo se fuera a perder en el infierno; le dolía que su pueblo no tuviera esa paz y ese gozo que ahora ya experimentaba él gracias a Cristo. Por eso tenía que salir a predicar el Evangelio. ¿Y a nosotros, nos duele que se pierda nuestro pueblo, nuestra familia, nuestros amigos? Muchos de ellos se perderán pensando que no hay esperanza para ellos; otros se perderán abrazados a una religión y otros tantos se perderán por haber trazado su propio plan de salvación basado en hacer cosas buenas. Se perderán porque no quisimos hablarles de Cristo; se perderán porque no quisimos ofenderlos con el Evangelio, porque respetamos sus ideas equivocadas de salvación, o sus ideas equivocadas acerca del futuro eterno. Así estaban los judíos y nuestro trabajo es hacer lo que hizo Pablo y los demás discípulos del Señor: tenemos que apuntarlos hacia Cristo. En el proceso de salvación, la iniciativa viene de Dios; todo comienza y termina con Él, pero el instrumento de inicio que Él utiliza somos nosotros.

El inicio de un nuevo año generalmente viene acompañado de promesas. Es mi oración que entre esas promesas esté la de estrenar los zapatos que el Señor nos regaló. Y que así como nos gusta lucir los regalos que recibimos de la gente que amamos, así mismo queramos lucir los zapatos que el Señor nos regaló. Amén... Vamos a orar...